pre-til • INVESTIGAR PARA HACER CIUDAD • BOGOTÁ –COLOMBIA • AÑO 9 • NO. 24 • PÁGINAS 51-58 • ENERO – JUNIO 2011 • ISSN: 1692-6900

Rasgos e imágenes del desencanto[1]

Features and images of disenchantment

Angélica Montes Montoya[2]

Resumen: *Este artículo se desarrolla en tres partes. En la primera se explica la noción de desencanto, asociada con la perspectiva existencialista de Sartre y el sicoanálisis de Fromm. En la segunda, el lector encontrará la caracterización de tres signos del desencanto (la trasgresión de la autoridad, la no existencia de un metarrelato, la búsqueda de la propia autenticidad). Finalmente, en la tercera, se ofrecen ejemplos de los rostros del desencanto: la marginalidad, el exilio y el suicidio.*

Palabras clave: *Sartre, Fromm, desencanto, autenticidad, existencialismo.*

Abstract: *This article is divided in three parts. The first one explains the notion of disenchantment, the prospect associated with Sartre and the existential psychoanalysis of Fromm. In the second one, the reader will find the characterization of the three signs of disenchantment (the transgression of the authority, the absence of a metanarrative, and the search for personal authenticity). Finally, the third part provides examples of the different faces of disappointment: marginality, exile and suicide.*

Keywords: *Sartre, Fromm, disappointment, authenticity, existentialism.*

1. En este artículo de reflexión se trabajará con el concepto de desencanto como desilusión, que en el siglo XIX toma este significado, previa aparición de la palabra en el siglo XVIII en el Diccionario de Autoridades, donde se la definió como acto de desencantar o salir del encanto / Librarse de un encantamiento. A esta acepción se le añade una segunda: desilusión y desengaño (Diccionario enciclopédico de la lengua castellana de Elias Zerolo, 1895, citado por Dominique Neyrod en *Del encantamiento al desencanto*, que es la que se usará en este artículo.

Fecha de presentación: 26-Abril-2011

Fecha de aprobación: 1-Junio-2011

2. Angélica Montes Montoya: Filósofa de la Universidad de Cartagena, máster en Estudios de Sociedades Latinoamericanas (Universidad .Nueva Sorbona, Paris 3), candidata a Doctor en Filosofía Política (Vincennes Saint-Denis, Paris 8). Afiliación institucional: Miembro del laboratorio Lógicas contemporáneas de la filosofía (LLCP-Univ. Vincennes Saint-Denis, Paris 8). Dirección: 25 rue Le Sueur 75116 Paris (Francia). Correo electrónico: angelica.*angmon11@gmail.com*

Introducción

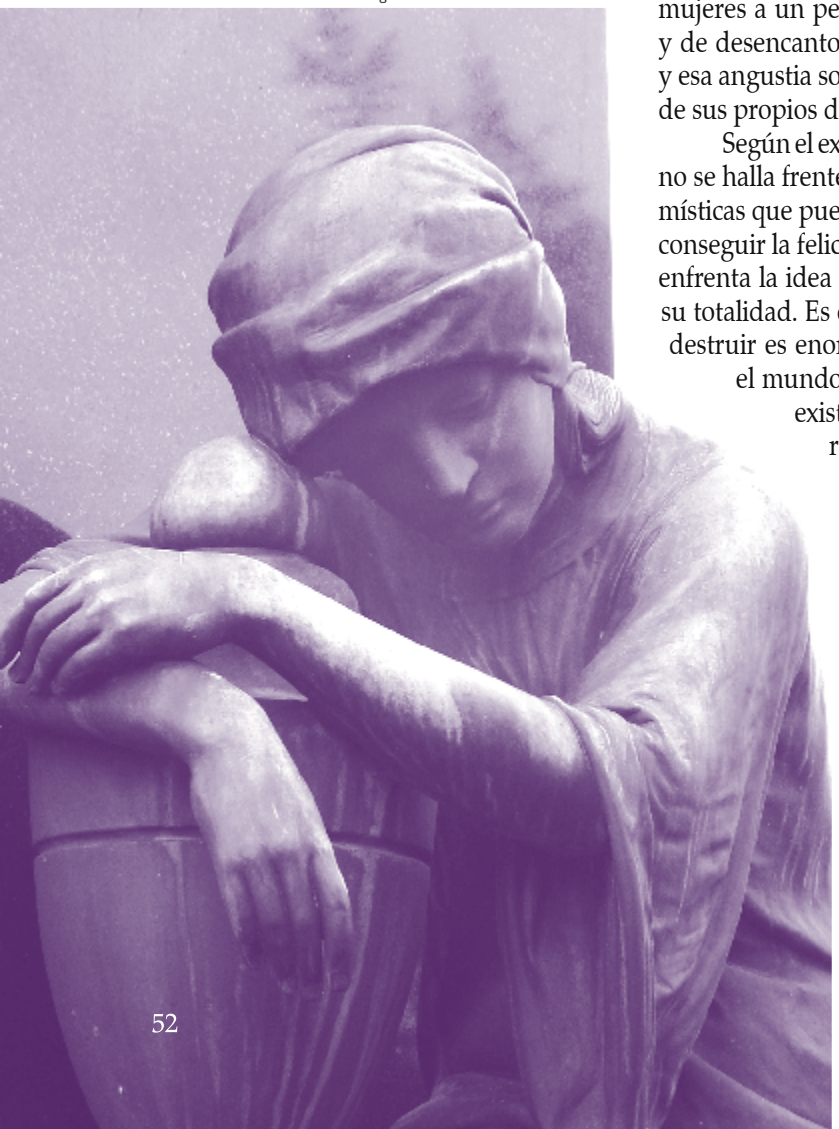
¿Qué se puede decir a propósito del desencanto, de la forma como los hombres y mujeres de América latina y de Europa viven este estado del espíritu, este sentimiento?, ¿el desencanto se presenta de una manera diferente según la geografía?, ¿todos los cambios sociopolíticos y económicos que han marcado la pérdida de las certidumbres morales durante el siglo XX son la causa de la desilusión que reina entre los ciudadanos de Occidente o, al contrario, hay que decir que el desencanto hace parte de la propia naturaleza humana?, ¿existe detrás de este estado de la consciencia humana un deseo furioso de ir al encuentro de sí, que implica el abandono del mundo o un deseo de aferrarse a todo aquello que hay de más atávico en cada uno? Estas son algunas de las preguntas que animan la escritura de este artículo de reflexión, cuyo tema toca a una gran parte de los hombres y mujeres de estos tiempos.

El ser humano tiene sobre sus hombros la responsabilidad de hacer la historia, ya que de la misma forma en que no existe una historia predeterminada, no hay otra naturaleza humana que aquella que el hombre se autoconstruya y se ofrezca.

El desencanto

"Si Dios no existiera, todo sería permitido", con esta frase de Dostoievsky Jean-Paul Sartre sintetiza el punto de partida del existencialismo. La desaparición del Dios cristiano representa para la sociedad occidental una suerte de autoabandono. Para algunos este abandono (*délaissement*) de la idea de Dios, que se inicia en el siglo XVIII, marca la entrada de los hombres y mujeres a un periodo de angustia, de pesimismo, de miedo y de desencanto o desilusión. Sartre explica que este miedo y esa angustia son el resultado del saberse autorresponsables de sus propios destinos.

© Stock.XCHNG - Robert Aichinger



Según el existencialismo de Sastre, el ser humano moderno se halla frente a sí mismo, sin excusas transcendentales ni místicas que puedan explicar sus errores o su incapacidad de conseguir la felicidad y la paz de la humanidad. El individuo enfrenta la idea de que él representa la gran humanidad en su totalidad. Es consciente de que su poder para construir y destruir es enorme y, porque no decirlo, divino. Él está en el mundo y solo él crea a Dios, pues antes de él nada existió. El ser humano tiene sobre sus hombros la responsabilidad de hacer la historia, ya que de la misma forma en que no existe una historia predeterminada, no hay otra naturaleza humana que aquella que el hombre se autoconstruya y se ofrezca.

Esta revelación existencialista genera dolor e incertidumbre en las sociedades modernas y contemporáneas, al interior de las cuales el individuo se somete con cierta complacencia a la autoridad y mantiene con ella una relación de amor y miedo similar a la que guardaban los primeros cristianos con Dios. El miedo que se siente ante la autoridad es irracional y emocional: se teme perder el amor, el respeto y la atención de los nuevos ídolos.

De esta forma aparece el "goce" al castigo y al abandono de la voluntad, que, como lo señaló Erich Fromm (1957), quedan comprendidos dentro de la existencia de una sociedad portadora de un carácter social[3] de corte sadomasoquista, conforme al cual el individuo asume una actitud conservadora: de respeto a la moral, a la voluntad divina y a las leyes existentes. Y en la que domina la autoridad irracional (el totalitarismo) *hipnoide*. Es decir, una sociedad en la cual el yo del individuo se relaja y desarticula permitiendo que la autoridad se apodere de su juicio y de su voluntad. En una palabra, se apodera de su conciencia. De esta manera, la autoridad llega a asumir una actitud "tan imponente e intimidadora o tan tierna y protectora que el hipnotizado renuncia a su propio yo" (Fromm, 1977, p. 191).

Erich Fromm sostenía que:

> La tendencia masoquista hace que el individuo renuncie a su individualidad, a su propia personalidad y a su felicidad, para entregarla al poder, para disolverse en él (...) es feliz cuando puede obedecer órdenes que provengan de una instancia a la cual el pueda temer, respetar y amar, a causa de su poder y de la seguridad que emana (Fromm, 1977, p. 217).

En tanto que la tendencia sádica lo que persigue es hacer al otro un instrumento pasivo de la propia voluntad (La Boétie, 1995).

Ante esta realidad: el abandono de la idea de Dios como principio rector y la existencia de un carácter social sadomasoquista, la posibilidad del ser humano ilustrado, de una cultura equilibrada en la cual se desarrolle y fortalezca la razón autónoma del individuo, un ciudadano social, productivo y participe de la transformación de su mundo social, que integre la tolerancia en su relación con el "otro", se presenta como un discurso filosófico vacuo; como una ilusión.

Rasgos del desencanto

La teoría expuesta y defendida por los existencialistas: la angustia de saberse dueño de sí, libre y sin excusas, ha servido para explicar el desencanto instalado en el espíritu del género humano de todas las latitudes y geografías. Ya que si algo caracteriza el desencanto es que éste carece de una geografía, es decir, que los hombres y mujeres desencantados de América Latina, Europa, Asia, África si bien deben enfrentar circunstancia y experiencias de vida específicas de cada lugar, comparten una similar decepción o pérdida de toda ilusión frente al mundo social y frente a sus congéneres.

Entre los signos del desencanto está la trasgresión de la autoridad. El no reconocimiento ni respeto por las instituciones políticas. En la familia, en la ciudad y en la escuela, el sentimiento de pertenencia a un proyecto en común se desvanece y sin duda hay quienes asocian esto con la pérdida del respeto a la autoridad. Es frecuente que se señale como causa de este irrespeto el desencanto frente a la modernidad. Quienes comparten esta idea sostendrán que en la medida en la que surja de nuevo un principio de autoridad fuerte será posible re-encantar el mundo social, lo que permitiría superar lo que algunos psiquiatras denominan "la depresión colectiva".

Obviamente lo que se teme aquí es un regreso al autoritarismo del siglo XX. Un nuevo fascismo interiorizado que surge cuando los individuos no tienen

3, Fromm define el carácter como la "forma (relativamente permanente) en la que la energía humana es canalizada en los procesos de asimilación (adquiriendo y asimilando objetos) y socialización (relacionándose con otras personas)". El carácter permite ajustar el individuo a la sociedad. Así "el carácter del niño es modelado por el carácter de sus padres, en respuesta al cual se desarrolla. Los padres y sus métodos de disciplina son determinados, a su vez, por la estructura social de su cultura". De esta forma –añade Fromm– "el hecho de que la mayoría de los miembros de una clase social o de una cultura compartan elementos significativos del carecer [lo que permite que podamos hablar de carecer social, representativo de la mayoría de los individuos de una cultura dada] demuestra hasta qué grado los patrones sociales y culturales forman el carácter" (Fromm, 1957, pp. 72-74).

un principio de gravitación en común, cuando la comunión y la unión se trazan por la emoción y no por la razón. Esta situación favorece la aparición de los sectarismos comunitarios y malsanos que animan la fractura de la solidaridad en nombre de un sentimiento de tribu.

Otro de los signos lo constituye la no existencia de una teoría que posea la clave para entender los procesos sociales en su totalidad, es decir, la no existencia de un metarrelato creíble. Esta época se caracteriza por un recelo frente a todo tipo de metadiscursos omnicompresivos. Ni el capitalismo ni el socialismo, ni la izquierda ni la derecha, ofrecen un modelo que resuma las aspiraciones mayoritarias. Las personas no confían en la intención totalitaria de homogeneizar lo que es extremadamente heterogéneo: el género humano. Así, la ruptura con la modernidad y el ingreso en la posmodernidad consistiría en rechazar la referencia a la totalidad globalizante.

Entre los signos del desencanto está la trasgresión de la autoridad. El no reconocimiento ni respeto por las instituciones políticas. En la familia, en la ciudad y en la escuela, el sentimiento de pertenencia a un proyecto en común se desvanece y sin duda hay quienes asocian esto con la pérdida del respeto a la autoridad.

En Europa, la experiencia de un discurso homogeneizante condujo al nazismo xenofóbico y al comunismo carcelario – uno y otro tenían como objetivo el exterminio de la diferencia del otro–. Recuperados de estos dolorosos episodios, se asiste hoy a un presente caótico, en el que el retorno a la fe y la pasión de la religión se toman con furia los corazones, ideas y actos de una parte de la población mundial, que está dispuesta a confrontarse con aquellos que no comparten el respeto y el amor por su dios, y con todo aquel que no piensa que el destino de la humanidad reposa a los pies de éste. De nuevo se busca silenciar la alteridad y la diferencia.

Un último signo del desencanto lo constituye la búsqueda de la propia autenticidad, es decir, ser fiel a la voz interior. Esta autenticidad es descrita por los filósofos como el ideal moral del ser humano contemporáneo que ha sido objeto de una deformación que le deslizó al subjetivismo radical: al relativismo acomodaticio, al narcisismo desproporcionado y al egocentrismo[4].

El subjetivismo radical tiene como consecuencia el olvido de los horizontes sociales e históricos de significación moral, es decir, el olvido del orden jerárquico social representado en el derecho y que se presentaba hasta entonces como el reflejo de un orden superior divino. Este orden empieza a perder valor al caer en el descrédito. Así opera el desencantamiento del mundo: el sentido que posee el mundo, las acciones, la historia y la vida misma se lo da, ahora, el sujeto en solitario desde su profundidad interior, esta sería una mala interpretación de la autenticidad, que no obstante se ha extendido con éxito hasta el presente.

4, Esta idea nace con los discursos filosóficos y morales del siglo XVIII, que descansan en un subjetivismo según el cual la distinción entre el bien y el mal viene dada no por la noción de premio y castigo divino, sino por el sentir moral inmanente al ser humano: las personas estarían dotadas de un sentido moral que les permitiría saber lo que está bien o mal. La moral deja así de ser dada para ser descubierta en cada uno, de esta forma cada individuo tendría que estar prestos a escuchar esa voz interior y actuar conforme a ella, eso sería actuar de manera moral.

Imágenes del desencanto

Si antes el prototipo de desencantado, según el imaginario colectivo, era el típico poeta desquiciado y maldito, hoy el rostro del desencanto está encarnado en el marginal, el exiliado y el suicida. Son estos quienes expresan la fragilidad humana.

Lo *marginal* se define como la negación total de toda jerarquía de valores. Estar fuera sin estar lejos, sin estar socialmente integrado. El *exilio* como una condición, un *séjour* (estancia) doloroso, ya que implica un desgarramiento que tiene lugar cuando un individuo se aleja de lo que le es querido y cercano. En cuanto al *suicidio*, este se define como una acción o conducta que perjudica gravemente a quien la ejecuta.

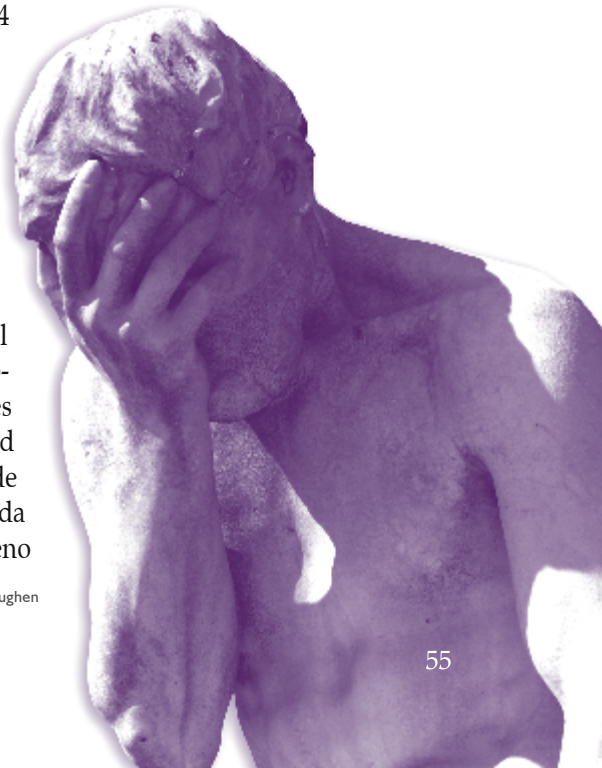
De estas definiciones se puede retener que los individuos marginales, exiliados, autoexiliado y suicidas expresan el desencanto a través del retiro hacia sí mismos, es decir, en el abandono de la sociedad como origen y objeto de toda aspiración moral y afectiva. Estos hijos del desencanto hallan su caldo de cultivo en las tres formas de malestar de las cuales se nutren (Taylor, 1993 - 1994):

- El individualismo malsano: según este, cada uno tiene derecho a elegir su propia regla de vida, a decidir en conciencia las convicciones que desea adoptar, sin que para ello tenga necesidad de los otros o de la sociedad, en consecuencia, el yo moral del individuo se hace en solitario. Esto facilita la autonomía personal, al tiempo que provoca el egocentrismo y el egoísmo que destruye las solidaridades tradicionales.
- La razón instrumental: el floreciente crecimiento que este tipo de razón tiene, en el campo de la praxis vital humana, ha permitido que el principio de la máxima eficiencia y de la relación costo-rendimiento se diriman en el conflicto moral.
- El despotismo blando: consecuencia de los dos anteriores, se hace presente en las sociedades en las que todos "nos encerramos en nuestros corazones". Se refleja en el ausentismo político y social, nadie quiere participar en el autogobierno, puesto que prefieren quedarse en casa y gozar de sus vidas privadas, mientras que el Estado, portador y absoluto dueño del poder tutelar, les asegura la satisfacción de sus pequeños deseos hogareños. Este hecho amenaza la libertad política, esto es, el control sobre el propio destino. La dignidad de ciudadanos es golpeada.

Ningún tipo de sociedad, tradicional o moderna está a salvo de estas figuras. Basta con observar las estadísticas para confirmar que el suicidio es uno de los rostros más agresivos del desencanto. Estos son algunos casos:

En noviembre de 2005, la revista *Courrier International* presentó un informe en el cual se explicaba que entre los jóvenes de12 a 24 años de las comunidades indígenas de los Katios y los Chasis de Colombia, "la tasa de suicidio es de 500 por 100.000, mientras que en todo el país el porcentaje es de 4,4 por 100.000" (Forero, 2005)[5]; esta cifra es comparable a la ofrecida por los sociólogos Baudelot y Establet, quienes sostienen que en Francia, "650 adolescentes se quitan la vida cada año, y varias decenas de millares intentan hacerlo. El suicidio es la segunda causa de mortalidad entre los jóvenes de 15 a 24 años" (Baudelot & Establet, 2005)[6].

Aunque las causas, en el primer caso, están ligadas directamente a la angustia generada por la guerra (la pérdida de sus territorios, comunidad y condiciones de marginalidad) y, en el segundo caso, a la influencia indirecta de las variantes macroeconómicas, ambos ejemplos coinciden en mostrar que entre los jóvenes de sociedades tradicionales indígenas y los jóvenes de una sociedad moderna occidental, como la francesa, se ha instalado la ausencia de perspectivas, la incapacidad para proyectarse en el futuro y la pérdida de los horizontes comunes que sirven para explicar su lugar en el seno de la comunidad mundial.



© Stock.XCHNG - Michel Meynsbrughen

5, De acuerdo con la Organización Mundial de la Salud (OMS), cada año se pierden 14 millones 645 mil años de vida saludable por cuenta del suicidio. Es un problema de tal magnitud que cobra más vidas que "las guerras, los ataques terroristas y los homicidios", según la Asociación Internacional para la Prevención del Suicidio. Ver: http://www.iasp.info/es/index.php

6, A este respecto, Cioran sostenía que el hombre está angustiado por nacer, esta es una tragedia sin igual para el ser humano "la hantise de la naissance, en nous transportant avant notre passé, nous fait perdre le goût de l'avenir, du présent et du passé même" (Cioran, 1973, p.16). Este aforismo pone en evidencia que para Cioran no importa el lugar, la época, el color de piel, los orígenes étnicos, o el género, la tragedia del nacimiento se impone a la especie humana como un trazo distintivo, como una letra escarlata. De esta manera, el desencanto como condición endémica para el género humano se transmite a través de la política, el arte, la religión y la literatura. Toda acción humana está impregnada del desencanto por la existencia en libertad y sin excusas.

La literatura también ilustra esta situación de desgano y desilusión frente al mundo y a la comunidad, ampliamente trabajada por la filosofía moral. En la novela *Ilona llega con la lluvia*, del escritor colombianos Álvaro Mutis (1992), los dos personajes centrales, Maqroll e Ilona, encarnan los tres signos del desencanto mencionados. En efecto, Maqroll e Ilona son personajes marginales y exiliados. Se trata de dos individualidades ricas, variadas, que tienen un rasgo semejante (y que se eleva por encima de cualquier diferencia): el sentimiento de angustia, que es ese anhelo de autenticidad, ese querer ser fiel a sí mismo como característica invariable, evidente y latente en todos y cada uno.

Mutis deja ver este aspecto en el prólogo de su novela, cuando se refiere a Maqroll, al afirmar que "La moral en el caso del Gaviero era una materia singularmente maleable que él solía ajustar a las circunstancias del presente", y añade que para Maqroll "Los decretos, principios, reglamentos y preceptos que sumados, suelen conocerse como la ley, no tenían para Maqroll mayor sentido ni ocupaban instante alguno de su vida (…) no tenían por qué distraerlo de sus personales y un tanto caprichosos designios" (Mutis, 1992, p.13).

En tanto que de Ilona sostiene que ella era portadora de una "(…) radical sedición contra toda norma escrita y establecida. Se trataba de una subversión permanente orgánica y rigurosa que nunca permitía transitar caminos trillados, sendas gratas a la mayoría de la gente, moldes tradicionales en los que se refugian los que Ilona llamaba los otros" (Mutis, 1992, p. 62). Estos otros serían para Ilona sujetos sin una identidad propia y auténtica, una especie de borregos de rebaño. Individuos que no serían fieles a sí mismos sino esclavos desdichados de los esquemas sociales y por lo tanto no serían un punto de referencia desde donde pudiera hallarse o formarse la propia identidad.

Como se puede observar, para Maqroll y para Ilona la vida implica una búsqueda permanente en la que la única meta es la propia felicidad, la autosatisfacción de deseos y anhelos, nada puede ser más vital que esto, esto requiere una trasgresión de los valores y de la autoridad. Ambos personajes se presentan apolíticos, no religiosos, desconocen toda pertenecía a una comunidad[7].

En la forma en que se presentan los dos personajes pareciera que estos protagonistas no tienen necesidad de nada ni de nadie para ser ellos. Es más, abandonar todo y a todos, sin ausentarse, es justo lo que les permite ser ellos. Están, Maqroll e Ilona, destinados a una insatisfacción permanente que les conduce a la tristeza de sentirse solos y al tiempo necesitados del otro o de los otros[8].

Conclusión

A lo largo de este artículo, se ha afirmado que el ser humano desencantado es un individuo que ha perdido la capacidad de proyectarse en el futuro, en el pasado esta incapacidad tuvo su causa en la "muerte de Dios", y que no cree más en los metarrelatos: en política, por ejemplo, ni la izquierda ni la derecha son tenidas como opciones válidas. Los frecuentes triunfos y desencantos de los movimientos independientes confirman esta hipótesis. Pero, dado que hoy casi todos los políticos, incluso los que de antaño han sido miembros de partidos tradicionales, se hacen llamar independientes, el desencanto en política tiende a tomar su expresión más cruda.

En la actualidad, el único discurso que pretende un estatus de metarrelato aglutinador es el de la mundialización (globalización), sin embargo, cuando se piensa en la definición del metarrelato o del metadiscurso, como un discurso que sienta su legitimidad en el futuro, en la emancipación de la humanidad entera, la mundialización es percibida de manera negativa y apocalíptica con respecto al porvenir[9].

7, Lo suyo es un modelo moral y ético ajeno a los héroes que suelen ocupar las páginas de buena parte de la literatura romántica europea y latina. Dado que estos dos personajes que Mutis describe como inquietos andariegos, sin nacionalidad definida, incapaces de instalarse en un lugar por tiempo indefinido y que conocen decenas de ciudades, hoteles y puertos, son antes que nada seres humanos con toda la tragedia que ello implica. Son capaces de robar, extorsionar y seducir para sobrevivir, pero incapaces de traicionarse a sí mismos y a sus vínculos de amistad. Aunque sus reglas de juego no están determinadas por una idea de justicia y legalidad al estilo de los universalistas éticos, no se hallan trazados por una intencionalidad mezquina, ya que ellos reconocen y respetan la existencia del vínculo de amistad como valioso. Quieren sustraerse al mundo social, pero están condenados a él.

8, También la cinematografía latinoamericana ofrece variados ejemplos de este sentimiento cuando plasma en cintas cinematográficas como La ciudad de dios (2003, Brasil), Rodrigo D no futuro (1988, Colombia), Réquiem por un sueño (2000, Estados Unidos) o La virgen de los sicarios (2000, Francia y Colombia) el recurso de la fuerza y la trasgresión de la autoridad como único medio para sobrevivir e imponerse en un universo social al interior del cual el otro es un obstáculo para sobrevivir. Queda claro que la proyectualidad ha desaparecido.

9, En América Latina, se habla hoy de los múltiples desencantos: desencanto de la política, de la democracia, de la modernización, de los intelectuales, etc. Un continente que se siente traicionado por la historia, es decir, por los grandes relatos de la humanidad que presagiaban un mundo sin pobres, sin miedos y con justicia. Un mundo de progreso infalible hacia la convergencia de ciencia, moral y arte para lograr el control de las fuerzas naturales, el progreso material y social y la reconciliación de lo bueno, lo verdadero y lo bello, que no llegó con la globalización.

© Photoxpress - Lovrencg

El desencanto que genera una angustia frente al mundo social y político alimenta la insatisfacción en el presente, el descrédito del futuro y tiene como consecuencia la crispación de la autenticidad. La búsqueda de esta última (su construcción) conduce entre otras a la pasión identitaria que invade al mundo desde hace ya varias décadas.

En estas circunstancias, los seres desamparados parecen haber encontrado en el comunitarismo identitario, entendido como un retorno a la identidad colectiva y cultural como forma de resistencia ante los grupos hegemónicos y como fuente de construcción de una autenticidad, y en general en el discurso de la diferencia cultural o racial, un nuevo discurso capaz de generar un renovado sentimiento de colectividad. De esta forma, el carácter individualista malsano, signo del desencanto, encuentra su lugar en el mundo social: al interior de cada comunidad a la cual se adhieren los individuos, lo que les permite sentirse parte de un proyecto de futuro que re-encanta sus comunidades- mundos.

El desencanto que genera una angustia frente al mundo social y político alimenta la insatisfacción en el presente, el descrédito del futuro y tiene como consecuencia la crispación de la autenticidad. La búsqueda de esta última (su construcción) conduce entre otras a la pasión identitaria que invade al mundo desde hace ya varias décadas.

El mundo occidental moderno se enfrenta así al problema de los Estados multiculturales, en los cuales conviven diversas culturas y en algunos casos naciones diferentes, ello ha sucedido debido a varias causas, entre las que se pueden mencionar los fenómenos supranacionales como la globalización y la tendencia a las grandes integraciones supraestatales (Unión Europea, Nafta, Mercosur) y las reivindicaciones políticas de las naciones sin Estados (el caso de Israel y Palestina).

La preocupación por el retorno de las identidades culturales y, por lo tanto, la pérdida de la ficticia homogeneidad cultural promovida por el Estado-nación clásico del siglo XVIII, da vía libre a los procesos culturales de reivindicación de la diferencia, liderados por minorías nacionales marginadas. Las grandes poblaciones de extranjeros establecidas en los países a partir de los masivos movimientos migratorios del último siglo encuentran en la defensa de sus intereses como comunidades culturales un renovado interés por el mundo de lo social y de lo político.

Muy seguramente, algunos de estos resurgimientos de las identidades singulares (como algunos fundamentalismos religiosos y algunos nacionalismos étnicos) significan un cierto retroceso a formas premodernas de pertenencia. Pero, igualmente, muchos de los grupos que reclaman el derecho a la diferencia, como las mujeres, los inmigrantes, las naciones sin Estado, las minorías lingüísticas y religiosas, los grupos indígenas minoritarios, etc., representan un desafío progresista al viejo corsé del Estado-nación liberal moderno y a la misma lógica globalizadora de la economía. Entre la movilidad total del mercado y el integrismo identitario defensivo premoderno hay que aprender a concebir nuevas formas de identidad más complejas y a la vez nuevas fórmulas de recepción y de integración del otro.

En las circunstancias reinantes, algunos reclamos de grupos de inmigrantes o de colectivos nacionalistas no sólo representan la demanda por el reconocimiento de su diferencia, sino que se erigen, también, como denuncia en contra de sutiles formas de dominación y homogeneización practicadas por estructuras políticas que ignoran la pluriculturalidad y/o la plurinacionalidad de sus Estados. Hoy, el sistema de derechos no sólo no puede ser ciego a la desigualdad de las condiciones sociales de vida, sino que tampoco debe serlo a las diferencias culturales.

Esta es una tarea delicada que requiere mediación para conseguir designar progresivamente los aspectos comunes entre las culturas, para aprender a generar formas de entusiasmo que eviten las experiencias traumáticas por todos lados. Una caja de Pandora está abierta y de ella surgen interrogantes a los que urgen respuestas: ¿Se puede hablar de nacionalidad como elemento de la identidad? ¿A partir de qué se construye la identidad si el concepto de nación (con sus elementos de lengua y pasado común, etnia, religión y poder) sucumbe? ¿Cómo entender el concepto de ciudadano y ciudadanía?

Referencias bibliográficas

Baudelot Christian & Establet Roger. (2005). *Suicide, l'envers de notre monde.* Paris: Seuil.

La Boetie (1995). *Discours de la servitude volontaire.* Paris: Mille et une nuits (primera edición en 1576).

Cioran, Emil (1973). *De l'inconvénient d'être né.* Paris: folio-essais.

Fromm, Eric (1977). *Autoridad y familia: parte psicoanalista.* Bogotá: FCE.

_____ (1957). *Ética y psicoanálisis.* México: FCE.

Forero, Juan. En Colombia, modernité rime avec suicide chez les ados indigenes" Paris: *Courrier Internacional,* No. 783. Noviembre de 2005.

Le Goff, Jacques (1988). *Histoire et mémoire.* Paris: Gallimard/Folio.

Le Chner, Norbert (2000). Orden y memoria. Museo, Memoria y Nación. *Arco.* pp. 65-79.

Martín-Barbero, Jesús (2000). El futuro que habita la memoria. Museo, Memoria y Nación. *Arco.* pp . 33-63.

Mutis, Álvaro (1992). *Ilona llega con la lluvia.* Bogotá: Norma.

Nora Pierre (1983-1993). *Les lieux de la Mémoire.* Paris: Gallimard.

_____ (2006, Febrero) *La France est malade de sa mémoire.* Le Monde 2, No. 105.

Ricœur, Paul (2000). *La mémoire, l'histoire, l'oubli,* Paris: Le Seuil.

Sartre, J. P. (1996). *L'existentialisme est un humanisme,* Paris: Folio-essais.

Taylor, Charles. (1993). *El multiculturalismo y la política del reconocimiento.* México: FCE.

_____ (1994). *La ética de la autenticidad.* Barcelona: Paidós.